

Odiseo

Benjamín Recacha García

Me llamo Odiseo. Un nombre extraño para alguien nacido en Tombuctú, la legendaria ciudad del desierto, pero es que mis padres eran bastante peculiares. Mi padre trabajaba como bibliotecario y mi madre era traductora. Se ganaban bien la vida, no porque les pagaran mucho, sino porque para ellos la vida era estar entre libros.

Quizás a los europeos les sorprenda saber que en Mali, en el corazón de África, el comercio de libros era una actividad muy lucrativa y que en Tombuctú las bibliotecas estaban repletas de volúmenes antiquísimos. Yo era demasiado pequeño aún para apreciar esa riqueza. Aunque mis padres me explicaban historias fascinantes sobre héroes antiguos, que habían extraído de las páginas de algún libro, yo entonces estaba más interesado en darle patadas a un balón de trapo, imaginando ser otro tipo de héroe, el que triunfaba en la liga española.

Ahora miro atrás y añoro aquellas historias. Ahora que sé quién era Odiseo haría lo que fuera por regresar a la humilde casa de adobe y escuchar la voz de mis padres vibrar hablando de sus libros, con los ojos brillantes, mientras yo sólo pensaba en el maldito fútbol.

Pero no es posible. Tengo que conformarme con apretar entre mis manos el volumen de la *Odisea* y releer las aventuras del héroe griego cuando mis ojos cansados me lo permiten. Eso es lo más cerca que voy a estar de mi hogar.

Es muy cruel pensar que me encuentro en el mismo Mar Mediterráneo que Odiseo atravesó en su viaje. Yo, sin embargo, no guardo esperanza alguna de llegar a Ítaca. A mí nadie me recibirá como un héroe, no soy más que otra insignificante víctima de la maldad.

Nunca olvidaré la noche en que mi padre entró en casa presa de los nervios. Su mirada era la de un hombre asustado como no lo había estado nunca. Y, claro, yo también me asusté; algo debía ir realmente mal. Cargaba con una pesada maleta que enseguida mi madre le ayudó a arrastrar.

—¿Qué ocurre, Mdou? —le preguntó mi madre, alertada.

—Nos vamos. No hay tiempo que perder. Mañana será demasiado tarde.

Mis padres se abrazaron entre lágrimas, y yo no entendía nada.

Yo nunca había oído hablar de yihadismo. Mi familia era musulmana, y en mi casa se seguían las tradiciones religiosas, pero nunca percibí el Islam como algo represivo. Honrábamos a Dios y a su profeta, pero nuestra vida no giraba en torno a la religión. Mi madre era una mujer independiente. Había hecho milagros para poder estudiar y dedicarse a la traducción de libros, y cuando se casó con mi padre a él ni se le pasó por la cabeza pedirle que abandonara su profesión. No usaba velo, sino esos preciosos vestidos de colores vivos que realzaban un cuerpo espectacular, y nadie le decía que debía vestir de otra manera, ni a ella ni a ninguna otra mujer en mi pueblo. Era tan inteligente y tan guapa... La Penélope que todo Odiseo soñaría...

Aquella noche no dormimos. Escondimos los libros que mi padre había rescatado de la biblioteca entre los cacharros y la ropa que cargamos en el destartado Volkswagen que era nuestra propiedad más preciada, y pusimos rumbo al norte, en una carrera desesperada hacia la frontera con Argelia. Desesperada y suicida, pues las probabilidades de lograr atravesar el desierto en coche no podían ser muy elevadas.

Ahora sé que a mi padre le aterraba la idea de que cayéramos en manos de los fanáticos, los que pervierten el nombre de Dios para servir a sus propósitos de violencia y poder. Le aterraba lo que pudieran hacernos a nosotros..., y a sus libros. En parte, conseguimos librarnos. No fuimos testigos de la represión ni de la devastación que sufrieron las bibliotecas, pero aquel viaje a ninguna parte no podía acabar bien.

Nos quedamos sin gasolina lejos aún de la frontera. Estábamos solos en medio del desierto. Ya amanecía, y en cuanto el sol iniciara su recorrido a través del cielo nos achicharraría sin piedad.

Yo me había quedado dormido y cuando desperté mis padres intercambiaban impresiones sobre la alternativa menos mala para proseguir en nuestra huida. Pronto quedaría una sola posibilidad. Un grupo de tuaregs rodearon el vehículo y nos hicieron bajar. No era la primera vez que veía a los señores del desierto, pero aquellos tenían un aspecto feroz, acentuado por las metralletas que empuñaban, a lomo de sus dromedarios.

El jefe del grupo se dirigió a mi padre en francés.

—Qué mala suerte que el coche os haya dejado tirados en medio de la nada. —Sonrió de forma burlona mientras nos miraba con expresión de desprecio, como pensando que unos idiotas habían caído en la misma trampa que tantos otros antes—. ¿Cómo piensas hacerlo para seguir adelante?

Mi padre se ahorró la respuesta. Era evidente que el tuareg no la esperaba.

—Después de todo, habéis sido afortunados por que os hayamos encontrado cuando aún el sol no os ha derretido el cerebro. —El tuareg, que se había descubierto parte del rostro, se rascó la barba antes de seguir—. Puede que os podamos ayudar... Dependerá de lo que tengáis para ofrecernos a cambio.

—¿Tenéis gasolina? —se atrevió a preguntar mi padre.

Los tuaregs estallaron en carcajadas.

—Ay, amigo, me temo que aunque la tuviéramos no podrías pagarla. Yo pensaba más bien en ofreceros un dromedario a cambio de...

La mirada que dirigió a mi madre lo decía todo. Por muy joven que yo fuera, nueve años era edad suficiente para saber que una mujer guapa era un botín muypreciado por mercenarios como aquellos.

Mi padre hervía de rabia. Sé que mi madre, por mucho que se esforzara en guardar las apariencias, estaba aterrada. Yo deseaba con todas mis fuerzas que aquello no fuera más que una pesadilla horrible.

Pero no, no lo era.

Lo que pasó a continuación sucedió muy rápido. Todo empezó con el grito de mi madre: “¡No, Mdou, no lo hagas!”. Pero no sirvió de nada. Antes de bajar del coche, mi padre había sacado la pistola que guardaba en la guantera y no dudó en volarle la cabeza a aquel maldito tuareg que pretendía violar a su esposa. Después de eso aún tuvo tiempo de acertar a otros dos guerrilleros antes de que lo acribillaran.

Me entró un ataque de histeria. No podía dejar de llorar, porque acababa de presenciar la muerte de mi padre y porque estaba seguro de que los siguientes seríamos nosotros. Mi madre también lloraba, abrazada al cadáver ensangrentado de su marido, sobre la arena del desierto.

No nos mataron.

Los tuaregs se gritaban entre sí, imagino que discutiendo qué hacer con nosotros. Finalmente se impuso el pragmatismo. El más espabilado convenció al resto de que vivos éramos valiosos. Por una mujer joven y guapa y un preadolescente sano obtendrían un buen precio de los traficantes de esclavos.

No sé cuánto les pagaron. Lo que sí sé es que no hay mañana que no desee haber acabado mis días junto a mi padre. Odié aquel desierto, cada duna, cada grano de arena, pero odio mucho más, si es que eso es posible, cada gota de agua de este despreciable mar que acabará siendo mi tumba. Que sea pronto...

Ya han transcurrido cuatro años, eso creo. Cuatro siglos parecen, en los que he pasado de ser un niño inocente, ignorante de la maldad que mueve el mundo, a un anciano sin esperanza, que únicamente alberga rencor en su alma, pero que, de forma inexplicable, continúa agarrado a un estúpido instinto de supervivencia que sólo le reporta sufrimiento.

Cuento los días por el número de cadáveres que cada mañana arrojan por la borda de este enorme ataúd flotante. Uno de los primeros fue el de mi madre, que nada tenía ya que ver con aquella mujer llena de vida. Las penurias del desierto y los abusos de los hombres mezquinos la habían marchitado como a una flor sin agua.

Los tuaregs no nos tocaron. Supongo que porque así creían que podrían sacar más por nosotros. Nos proporcionaron un par de túnicas como las suyas para protegernos del sol y nos ataron a lomos de un dromedario. Dos días después, en los que permanecemos en estado de shock, incapaces de asimilar nuestra tragedia e ignorantes de nuestro futuro, topamos con una caravana muy numerosa. Era nuestro destino. El infierno.

Ahora sé que los traficantes que nos compraron formaban parte de un grupo terrorista próximo a Al-Qaeda.

Recuerdo que varios de mis amigos en Tombuctú vestían camisetas con la cara de Bin Laden, que sus padres compraban en el mercado. Decían que era un héroe, pero yo sabía que no; mis padres repudiaban la violencia gratuita de aquel falso profeta. Me pregunto si alguno de aquellos niños flacuchos acabaría cayendo en las redes del terror, si, quizás, se integraron en uno de esos grupos que, como el que nos compró de manos de los tuareg, se dedican a sembrar el terror en las aldeas del norte de Mali.

La promesa de una vida eterna en el paraíso puede ser muy atractiva cuando lo único que tienes en ésta son toneladas de polvo del desierto, que acaba abriéndose paso hasta el cerebro.

No sé cuántos formábamos la caravana. Muchos. Tan aterrados todos que nadie se atrevía a pronunciar palabra. Al acabar el tercer día de marcha yo empezaba a entender que nos habían robado la existencia. Miraba a mi madre en busca de consuelo, de respuestas que no tenía, pero ella no estaba allí. Su mente se había quedado anclada cientos de kilómetros al sur, junto al hombre que amaba.

Fue entonces cuando descubrí entre mis ropas el libro que, por mucho que lo intente, no consigo recordar cómo rescaté del coche. Durante las semanas siguientes fue lo que me salvó de la locura, y lo que me llevó a tener un objetivo en aquella vida que ya no era mía: huir. Ir en busca del Mar Mediterráneo que nos abriría las puertas de Europa, la

cuna de la democracia, el continente que hacía del respeto a los derechos humanos su razón de ser. Quería conocer a aquellos griegos que creían en tantos dioses fascinantes y que contaban con héroes tan poderosos como el que me daba nombre. Me dije entonces, más producto de una fantasía desesperada que de una creencia real, que si mis padres me habían dado un nombre tan simbólico era porque creían que yo era especial, que había en mí algún tipo de poder que me haría digno de emprender una travesía tan grandiosa como la que narraba aquella epopeya que ni yo mismo sabía cómo había llegado a mis manos. Por fuerza, tenía que ser una señal.

Así que dediqué todo el tiempo que no tenía que invertir en sobrevivir a planear la huida.

Ahora lo recuerdo y me dan ganas de reír, la risa de los condenados, de quienes saben que nada de lo que hagan cambiará su destino.

En aquel momento no sabía qué era la ironía, pero resulta tan irónico que el plan, aunque con muchas dificultades, acabara saliendo bien, y que ese final “feliz” en realidad no fuera más que la broma macabra de uno de aquellos fascinantes pero traicioneros dioses griegos...

No sé cuánto tiempo llevamos a la deriva en este charco del infierno. Europa está allí, a unas pocas millas, pero ahora ya sé que nadie vendrá jamás a rescatarnos. Estos últimos días el número de muertos con que nos obsequia cada amanecer se ha multiplicado. Me parece increíble que después de tantos cadáveres como hemos tirado al mar todavía seamos tantos aquí. Ya hace días que no nos queda ni comida ni agua, así que sólo dormitamos con la esperanza de ser el próximo en no despertar.

Cada vez que se me cierran los párpados viajo a los buenos días en mi pueblo, y allí quisiera quedarme... Luego rememoro la pesadilla que me ha traído hasta aquí. Es terrible darte cuenta de que no te queda nada, ni siquiera la pena por haber perdido a tu familia. El dolor ya hace tiempo que me rompió por dentro, que destruyó lo que fui como persona. Me pregunto si a esos asesinos que arrebatan vidas sin pestañear también los quebró algo que les robó el alma...

Cuéntame, Musa, la historia del hombre de muchos senderos, que anduvo errante muy mucho después de Troya sagrada asolar; vio muchas ciudades de hombres y conoció su talante, y dolores sufrió sin cuento en el mar tratando de asegurar la vida y el retorno de sus compañeros. Mas no consiguió salvarlos, con mucho quererlo, pues de su propia insensatez sucumbieron víctimas, ¡locas! de Hiperión Helios las vacas comieron, y en tal punto acabó

para ellos el día del retorno. Diosa, hija de Zeus, también a nosotros, cuéntanos algún pasaje de estos sucesos.

Ello es que todos los demás, cuantos habían escapado a la amarga muerte, estaban en casa, dejando atrás la guerra y el mar. Sólo él estaba privado de regreso y esposa, y lo retenía en su cóncava cueva la ninfa Calipso, divina entre las diosas, deseando que fuera su esposo.

Y el caso es que cuando transcurrieron los años y le llegó aquel en el que los dioses habían hilado que regresara a su casa de Ítaca, ni siquiera entonces estuvo libre de pruebas; ni cuando estuvo ya con los suyos. Todos los dioses se compadecían de él excepto Poseidón, quien se mantuvo siempre rencoroso con el divino Odiseo hasta que llegó a su tierra.

Dime madre: ¿fue mi insensatez lo que acabó con tu vida? Sé que no. Aunque trate de culparme, nuestra suerte estaba echada desde aquella noche en el desierto. Estoy tan deshidratado que ni lágrimas me quedan. Ni aunque las tuviera conseguiría llorarlas.

¿Por qué sigo leyendo? ¿Por qué mi mente enferma se empeña en seguir buscando respuestas entre estas páginas que acabarán por deshacerse entre mis dedos?

Realmente llegué a creer que mi suerte estaba ligada a la del Odiseo griego. De otro modo, jamás se me habría ocurrido que una tormenta de arena fuera una oportunidad para escapar. La audacia nunca estuvo entre mis virtudes, aunque nunca antes había sentido la presión de tener que salvar dos vidas: la mía y la del alma en pena que un día fuera mi madre. No es tarea esa que deba afrontar un niño.

Los terroristas eran seres depravados, carentes de sentimientos. Para ellos no éramos más que pedazos de carne de los que sacar algún provecho. De mí no esperaban más que les sirviera como esclavo y que un día les acabara proporcionando ganancias económicas. Mi madre tuvo mucha peor suerte: era una mujer joven, y cada día que pasaba siendo sometida a toda clase de abusos estaba más lejos de poder volver a creerse persona. Su mecanismo de defensa fue dejar de sentir.

Cuando comenzó la tormenta, el campamento cayó presa de la locura. Algunos esclavos se pusieron a gritar; otros, convencidos de que se trataba de un castigo divino, a rezar; unos pocos, viendo en el desconcierto la ocasión de huir, salieron corriendo..., pero no llegaron lejos. Los terroristas estaban bien entrenados y no se ponían nerviosos. Aquello me disuadió de seguir el ejemplo.

Sin embargo, sí que pensé que era nuestra oportunidad, así que, en vez de salir por piernas, le susurré a mi madre que nos enterraríamos bajo la arena. Ella no dijo nada; simplemente me miró con aquellos ojos inexpresivos y me dejó hacer.

Que algunos insensatos pretendieran huir nos vino bien, pues los terroristas descuidaron nuestra vigilancia, y el alboroto por la tormenta nos concedió los segundos necesarios para tumbarnos y dejarnos cubrir por la arena mientras nos alejábamos, poco a poco, rodando.

El tiempo pasó muy lento. Yo estaba seguro de que si nos encontraban estábamos tan muertos como los ingenuos fugitivos, aunque también podía pasar que acabáramos muriendo víctimas de mi ocurrencia, asfixiados bajo la arena. No faltó mucho, pero no, no hubo suerte.

La verdad es que debimos quedarnos dormidos o inconscientes, porque cuando abrí los ojos yacía bajo el cielo estrellado más hermoso que había visto nunca.

—Me gustaría creer que papá es ahora una de esas estrellas tan brillantes, y que nos va a guiar desde el cielo...

—Calla, Odiseo. Tu padre está muerto, y nosotros, aunque sigamos respirando, también lo estamos.

Eran las primeras palabras que me dirigía mi madre desde hacía muchos meses. Aquella voz tan fría y firme a la vez, carente por completo de sentimientos, se me clavó en el corazón como un témpano, y las lágrimas emborronaron las estrellas.

Ahora vuelven a estar ahí, a miles de años luz sobre mi cabeza, tan bellas y frías como siempre, tan carentes de vida. Mis padres no me guían desde el cielo; nadie lo hace. A nadie le importa lo que ocurra con este puñado de negros miserables que vendieron su alma por un hueco en este ataúd flotante.

Llegué a soñar con recuperar mi vida y con salvar a mi madre. Después de vagar durante meses, sobreviviendo de la caridad que encontrábamos en aldeas perdidas, invisibles para el mundo; comiendo cualquier cosa y bebiendo de las mismas charcas donde lo hacían los animales salvajes, un buen día topamos con una larguísima fila de personas que parecían vagar igual que nosotros, sin más rumbo que huir del horror.

Conseguí que alguien me explicara en francés que se dirigían a Libia, desde donde esperaban tomar un barco que los llevara a Europa, a Italia o Grecia. Aquello no hizo más que reavivar la estúpida fantasía relacionada con mi nombre.

Nos unimos a la caravana, donde había gente de procedencias muy diversas: Mali, Eritrea, Liberia, Chad, Ghana, incluso Siria. Las familias sirias habían atravesado medio continente, escapando de una guerra terrible, y buscando la forma de cruzar a Europa, donde pensaban que les darían asilo. ¿Cómo no iban a hacerlo?

Pero aún faltaba mucho para aquello. Aún teníamos que llegar a Libia y cruzar el país. Todavía dejaríamos un largo rastro de muertes en el desierto antes de que alguna señal de esperanza asomara al final del camino.

No teníamos ni idea de lo que nos esperaba en Libia. Algunos decían que ahora era un país tan democrático como los europeos, que había habido una revolución que había derrocado al dictador que oprimía a su pueblo y que ahora la gente era libre. Eran los optimistas, los que aseguraban que nos acogerían con los brazos abiertos, como a hermanos.

Quería creerlo. Yo seguía siendo un niño, así que aunque hubiera tenido que madurar de golpe, en el fondo conservaba restos de ingenuidad y de ilusión.

El choque de bruces con la cruda realidad libia machacó toda esperanza.

Nada más cruzar la frontera, nos condujeron a un campo de refugiados que pronto comprobamos que no era más que un almacén de extranjeros de los que nadie quería hacerse cargo. Había soldados vigilando el exterior, que no tenían ningún problema en dejar salir a quienes se podían permitir el lujo de sobornarlos. Aceptaban dinero, pero también joyas y pagos en especie, básicamente sexo con mujeres jóvenes y adolescentes.

Un par de ellos se fijaron en mi madre, a pesar de que poco tenía que ver con la mujer bella que fue. Yo no sabía cuántas veces la habían violado desde el inicio de nuestra pesadilla, pero sí sabía que no iba a aceptar que lo hicieran una vez más a cambio de una falsa libertad. A los soldados lo que yo pensara les importaba muy poco, así que pronto me encontré en la calle junto a una sombra de mujer a la que ya no le quedaba dignidad ni ganas de vivir.

—¿Por qué no nos matan de una vez? Déjame aquí, Odiseo. No pierdas más tiempo conmigo. Yo ya no soy tu madre. Ya no soy nadie.

Entonces yo aún era capaz de sentir rabia y dolor. Todavía me quedaba orgullo por el que luchar. Así que no le hice caso.

En aquel momento, en tierra firme, podía tirar de ella y obligarla a comer y a beber. Supongo que muy en el fondo de su alma había algo que se resistía a dejarse morir. Cuando nos abandonaron en el mar la cosa cambió. Sin agua y sin nada que llevarse a la boca, la resistencia desapareció y mi desesperación también. Así que dos semanas después de zarpar, una mañana desperté junto al cuerpo definitivamente sin vida de la que había sido mi madre.

El deambular por Libia fue tan descorazonador como el camino anterior. Sólo que mi corazón había empequeñecido hasta el punto en que apenas sentía. Caminábamos hacia el norte, con el mar en mi cabeza como única obsesión. En realidad, aquella fantasía literaria de Odiseo era lo que evitaba que las fuerzas me abandonaran por completo.

Una tarde, un camión con el logo de Naciones Unidas dibujado en el lateral paró junto al grupito que avanzábamos por la carretera con la mirada perdida en nuestros pasos. Nos invitaron a subir y nos aseguraron que nos llevarían a un centro de refugiados en el norte del país, junto al puerto de Bengasi. Fue la primera vez que pensé que recibíamos ayuda sincera.

Me equivocaba.

El centro de refugiados era otro almacén, como el que nos había recibido al entrar en Libia. Yo insistía en preguntar cuándo nos llevarían a Europa, pero el personal que allí trabajaba en realidad no tenía ni idea de nada. Estaban desbordados, superados por un drama humano que no podían gestionar.

Una noche se me acercó un tipo, un libio con cara de espabilado. Me enseñó un papel escrito en inglés, que al parecer era un contrato mediante el cual obtendríamos el pasaje en un barco que zarparía con destino a Grecia a cambio de 2.000 dólares. Se lo di a leer a mi madre con la esperanza de que no hubiera olvidado los seis idiomas que conocía.

—¿De dónde vamos a sacar ese dinero, Odiseo? —Me miró, inexpresiva como siempre, y miró al libio, que esperaba nuestra respuesta con una sonrisa despreciable—. Dile a tu amigo que si le vale, puede hacerme lo que tantos otros han hecho antes que él.

Sus palabras fueron como una bofetada. La habría preferido. Pero no hizo falta que respondiera. El tipo había entendido la oferta y se le había borrado la sonrisa de golpe. Aquella mujer no despertaba en él el más mínimo deseo sexual.

—Si no tenéis dinero no os preocupéis. Podéis pagar cuando lleguéis a Grecia. Allí tengo socios que se pondrán en contacto con vosotros. Por ahora me conformo con eso —dijo, señalando el collar que todavía colgaba del cuello de mi madre. Ella se lo arrancó y lo dejó caer a sus pies. El tipo no tuvo problema alguno en agacharse—. Muy bonito. Ahora sólo falta la firma.

Aquel desgraciado no creía que pudiéramos pagar nunca. Sabía que el barco jamás llegaría a puerto. Probablemente ganara unos pocos billetes por reclutar a desesperados que no hicieran preguntas y a los que nadie echaría de menos.

Nosotros, desde luego, éramos los candidatos perfectos.

Sueño. Sé que estoy soñando y me gustaría seguir haciéndolo por toda la eternidad. Ojalá no despierte nunca.

Soy Odiseo, héroe griego. Soy negro y apenas tengo trece años, pero no importa. En los sueños podemos ser lo que queramos y como queramos. Navego en una pequeña nave de la que soy el único tripulante. Poseidón ha acabado con mis compañeros. Su cólera infinita pretende acabar también conmigo, pero no lo conseguirá. No temo a la tormenta ni a las olas inmensas. Soy Odiseo y navego sobre ellas. El viento huracanado me empuja hacia la costa y pronto arribaré a mi isla, a mi Ítaca tan añorada.

Soy audaz y valiente, y cuento con el favor de Atenea, que nunca permitirá al rencoroso dios del mar salirse con la suya.

Veo ante mí un gran barco gobernado por mi protectora. Atenea ha acudido en mi rescate, aunque estoy seguro de que sin su ayuda también habría vencido. Es un velero enorme, que rompe las olas que escupe Poseidón con toda su rabia, como si apenas le mojaran la quilla.

—Sube, Odiseo. Por fin estás a salvo. Muy pronto volverás a reunirte con tu esposa.

Hay algo que no acabo de entender. No sé por qué Atenea me habla en inglés...

—*Wake up, brave boy. You're safe.*

¿Que despierte? ¿Por qué quiere mi diosa que despierte? Yo no...

—*Come on! Open your eyes and tell me your name, my boy. I've got fresh water for you...*

—*¿Qu'est-ce que ci passe...? ¿Qui est tu?*

¿Quién eres? ¿Sigo soñando? ¿No es ese el barco de Atenea...? “*Hope... Médicos Sin Fronteras*”...

—*Oh, yes! Do you speak English? Sorry, but my French is terrible...*

Estoy despierto... Estoy vivo... Nos están rescatando... Oh, agua... Qué buena sensación sentir el agua dulce en la boca...

—*What's your name?*

—Odiseo.

¿Qué te pasa? Se te ha puesto la cara blanca. Ya sé que es un nombre extraño, y más para un negro musulmán de Mali, pero apuesto a que has visto y oído cosas mucho más terribles.

—*I can't believe it.* —Me sonrío. Tienes una sonrisa bonita. De hecho, es lo más bonito que he visto en los últimos cuatro años. Una sonrisa fresca y sincera—. *My name is Penélope.*